

Para la niñez y para la juventud

Hoy que tanto se alardea de irreligión e impiedad, mis queridos niños, y que no sólo no se conocen a fondo las verdades de la fe y de la religión católica, sino que ni aún se quieren saber ni estudiar, y los mal llamados intelectuales sostienen, defienden y enseñan los errores a Ella opuestos, es necesario que vosotros, que estais en edad de aprender esas verdades, pero no de una manera somera ni rudimentaria, sino a fondo y completamente, os empapéis en ellas y lleguéis a ser verdaderos paladines de la causa católica y soldados valientes, aguerridos heroicos y de Jesucristo Rey, que ha prometido reinar en España y esto a pesar de sus enemigos visibles e invisibles.

¿Y cómo se explica, me diréis, que estando a punto de reinar de esa manera especial en nuestra querida Patria, haya permitido todos estos trastornos, que lamentamos, como son la quema de los conventos, las profanaciones de las iglesias, las leyes y decretos contra su misma Esposa que es la Iglesia?

¡Ah! muy en su punto está hecha esa observación, lo cual me indica que os preocupáis ya de los acontecimientos y sucesos de la actualidad y que tanto se han grabado en vuestros tiernos corazones: os daré una explicación o contestación acomodada a vuestras débiles y poco desarrolladas inteligencias.

Tened entendido, de hoy para siempre, que los juicios de Dios son inescrutables y sus caminos o trazas, que son infinitos, como su Sabiduría, son también investigables, según dice el profeta David y por lo tanto es imposible satisfacer vuestro deseo y acertar el motivo, la causa por la cual ha permitido el triunfo de los malos sobre los buenos, el mal sobre el bien, aunque sólo sea por poco tiempo. Dice un refrán que Dios escribe derecho con renglones torcidos, sacando bien del mismo mal, pues como dice San Agustín, lejos de no consentir el mal, lo permitió para sacar de él el bien; bien que nosotros no acertamos a adivinar, pero que resultará, no lo dudéis.

¿No habéis oído, o leído, lo ocurrido en Méjico, años pasados (y aún meses atrás en Veracruz, si mal no recuerdo), con motivo de las persecuciones de los católicos, sin duda por consentir ésta una Constitución lesiva para los derechos de la Iglesia, única verdadera, a la que prohibieron todo ejercicio del Culto en público en primer término y después aún dentro del recinto de los templos y más aún todavía dentro del seno inviolable y respetado de los hogares cristianos, donde, como último recurso, se reunían los católicos para celebrar los divinos Misterios, a la vez que recibían el Pan de los Angeles, para afrontar todas las persecuciones, todos los tormentos, aun la misma muerte?

Pues podemos asegurar que en el mismo caso nos encontramos aquí en España, es decir, en el principio, y si se deja, o mejor dicho si dejan los católicos españoles que se vote esa Constitución sectaria y atea, las consecuencias no se dejarán esperar y la persecución ya iniciada por decretos laicodemoletores arreciará muy pronto y España, la católica España, se verá de nuevo regada por la sangre de nuevos mártires, como al principio de la era cristiana.

Nos hemos dormido y el enemigo ha ido sembrando la cizaña de la irreligión y de la impiedad, que han dado los frutos que palpamos en estos días, frutos demoletores de todo respeto a las autoridades humanas y divinas, al orden, a la propiedad y a la misma familia.

¿Y sabéis dónde han sembrado esa cizaña? Pues en las tierras fértiles y abonadas de los corazones e inteligencias de la juventud inexperta, impresionable y apasionada, que tan fácilmente se deja suggestionar y arrastrar al desorden y las algaradas callejeras que, repetidas un día y otro, un mes y otro mes, dan al traste (cuando no hay autoridades inflexibles) con el orden, la paz y tranquilidad de los ciudadanos pacíficos, que son la inmensa mayoría, y al fin hacen tambalearse los edificios más sólidos, las instituciones más seculares, reduciéndolos a un montón de escombros.

Ese es el procedimiento que han seguido los enemigos de la Religión y de la Patria, para echar por tierra los fundamentos de la sociedad; y aunque dicen que vienen a estructurar una nueva España, no hay tal, porque si la estructuran prescindiendo del Rey de reyes, que es el único y soberano Rey, no sólo de España, sino de todo lo por El creado, entonces ya no será la España católica, la España gloriosa, la España dominadora del mundo, la España invencible; ni la España de Santiago el Apóstol, ni de los Recaredos, ni de los Pelayos, ni de los Guzmanes, ni de los Reyes Católicos, etc., etc. ¿Por qué? Porque su nombre desaparecerá de la faz de la tierra, según expresión gráfica y terrible del Espíritu Santo en los Libros Sagrados: «La nación que no te sirva (quiere decir que no le rinda el debido vasallaje) su nombre perecerá.»

Pero no; no prevalecerán para siempre los enemigos de la Religión en nuestra Patria, porque Cristo Rey no lo consentirá y reinará a pesar de todos sus enemigos, visibles e invisibles, y además porque la Reina soberana del Imperio, María Santísima, que en carne mortal tomó posesión de su querida España, cuando se apareció al Apóstol Santiago, está velando sobre ella y protegiéndola de una manera visible, según se ve en las apariciones milagrosas de Urquioga (Vascoñgadas) y posteriormente en un pueblecito de la provincia de Toledo, y así también lo aseguró el C. de J. a la sierva suya, R. la. M. Josefa Homs, religiosa Hija de María, Escolapia, en una revelación que tuvo y de la que daremos cuenta más detallada en otra ocasión.

Jóvenes lectores de esta Revista, formemos todos y alistémonos en el Apostolado y en las filas de este divino Rey, a fin de contribuir a que reine sobre nuestra Patria, combatiendo a sus enemigos y a nuestros enemigos con la oración, con el buen ejemplo y el cumplimiento de sus preceptos.

¡Viva Cristo Rey!

P. F. D., SCH. P.

En la selva africana

(CUENTO)

Enrique salió aquella tarde impaciente en dirección a la selva, pues su padre, encargado de una misión oficial en los bosques africanos, tardaba más de lo acostumbrado en volver de su cotidiana excursión por los alrededores. Cuál no sería su sorpresa cuando detrás de unos árboles apercibió un grupo de salvajes, en medio de los cuales iba su padre maniatado.

Consciente del gran peligro que su padre corría, pues reconoció por los atavíos ser aquellos los salvajes más fieros de la región, volvió con la mayor presteza al poblado para pedir auxilio; más, al pasar por la orilla del río, contempló un espectáculo impresionante, una pequeña piragua, tripulada por una joven indígena, venía corriente abajo, seguida de un cortejo de cocodrilos.

Enrique no vaciló un instante y, viendo las enormes sacudidas que sufría la piragua debidas a los cocodrilos que, sumergiéndose bajo ella, intentaban volcarla, subió a un árbol, cuyas ramas llegaban hasta la mitad de la corriente, y colgándose valerosamente de una de ellas, esperó a que la piragua pasase por debajo y tratar de salvar la vida de la joven.

Efectivamente, pasó la embarcación y de un prodigioso salto, Enrique fué a caer en su interior. Hubiese caído en el agua, y pronto hubiera sido presa de las desmesuradas fauces de los cocodrilos, Enrique se apoderó de un remo, con el que tuvo a raya a las hambrientas fieras, evitando que se aproximaran a la piragua y la volcaran.

Tras una penosa lucha, en la que varias veces estuvieron a punto de sucumbir, pues los cocodrilos, enfurecidos al ver que se les hacía frente, arreciaron en sus ataques, se vieron libres de tan ingratos perseguidores, entre otras razones porque el río atravesaba un poblado, y los anfibios eran enemigos de la vecindad humana.

Aprovechó Enrique aquella tregua para enfilar la piragua a la orilla, y una vez allí, dejó a la negrita en tierra y se dispuso a seguir hacia el pueblo para llevar auxilio a su padre; más no bien se iba a separar de ella, apareció un negro corpulento que, poniéndole una mano sobre el hombro, le hizo prisionero a pesar de las súplicas de la negrita, que pedía le dejase en libertad.

El negro permaneció inmovilizable, y llevó a Enrique a su campamento para presentarlo a su jefe, el cual se alegró mucho, pues encontró resuelto el problema de proporcionarse un gran festín aquella noche, con los dos prisioneros blancos que tenía. A ninguno de mis lectores se le ocultará que el otro prisionero era el padre de Enrique.

Pero Dios, que nunca deja sin premio las buenas acciones, quiso que la joven, a la que Enrique que había salvado la vida, fuese hija del cacique, e irrumplendo en el grupo refirió a su padre detalladamente la forma en que Enrique había salvado su vida, por lo que el salvaje, agradecido y enterado de que el otro prisionero era el padre del salvador de su hija, puso a los dos en libertad.

Excusado es decir la gran alegría que se apoderó de los prisioneros cuando se les notificó que estaban en libertad, Enrique corrió a desatar las ligaduras que oprimían a su padre, y tras una afectuosa despedida de la negrita, emprendieron el regreso al poblado, prometiendo no volver a alejarse de él sin una escolta de confianza.

FÁBULAS

El cazador y el perro

Tan viejo y cansado estaba ya un perro que toda la vida había servido satisfactoriamente a su amo en la caza, que, habiendo cogido una liebre, debido a su mucha debilidad, dejola escapar.

Viendo esto el amo, se enfadó y le dijo: —¿Para qué te quiero, por qué te mantengo, si de nada sirves?

A lo que respondió el can: Señor, tengo ya muchos años, carezco de fuerzas y perdí mis dientes. Antes me alababas por lo mucho que valía, y hoy me reprendes porque para nada valgo. Recuerda lo de antes, y considera que ahora hago lo que puedo.

MORALEJA: No debe menospreciarse en la vejez al que sirvió bien durante su juventud.

El caballo, el ciervo y el cazador

Viendo un caballo a quien cierto ciervo ofendiera, que no podía tomar venganza de su enemigo por correr éste más que él, fué a casa de un cazador y le dijo: —Voy a ponerte en condiciones de coger un hermoso ciervo, que te dará, cuando le hayas muerto con tus flechas o tu lanza, abundante carne, y además una piel y unos cuernos que podrás vender a buen precio.

—¿Cómo me las compondré para pillarlo?— dijo el cazador movido de codicia: —Muy sencillamente—respondió el corcel—: monta en mí, que te llevaré en su busca.

Obedeció el cazador; pero, por más que corrió el caballo, no les fué posible alcanzar al ciervo, que se escondió en el bosque.

—Ya que no pudiste cogerlo—dijo entonces al cazador el caballo—, apéte, déjame solo y vuelve a tu casa.

—No haré tal locura—replicó el cazador sin desmontar. He reconocido lo mucho que vales, y como te fengo en mi poder, decido conservarte para mi regalo.

MORALEJA: Los lazos que se disponen para los otros, sirven muchas veces para hacer prisioneros a los que los tienden.

El león y la cabra

Observando un león hambriento que una cabra pacía en lo alto de un risco al que no le era posible subir, se fué acercando poco a poco, y al fin le dirigió cariñosas frases, invitándola para que bajase, pues en la pradera encontraría yerbas frescas y aromáticas.

—Deja esas peñas tan estériles y baja a las verdes praderas donde yo habite, amiga mía...— le dijo:

—Tienes razón—contestó la cabra—, lo haré con mucho gusto, pero será cuando tú te halles bien lejos de estos contornos.

MORALEJA: No debemos creer a todos los que nos aconsejen, pues muchos nos aconsejarán lo que les convenga a ellos y no a nosotros.

Aforismos de un médico práctico

Quando no tengáis hielo que aplicar, para detener una hemorragia, aplicad agua muy caliente, y será igual, o a veces mejor.

Los gabanes de pieles son protectores de los médicos y boticarios. Pero si anduviéramos con igual vestido todo el año, perderían demasiado los sastres, y la higiene es cuestión de medida.

Debe pasarse a los niños para saber que, cuando no crecen, están amenazados de raquitismo u otra enfermedad. Al fin del primer año debe triplicarse el peso que tuvo al nacer.

Quando sea lo más chic cumplir los consejos de la higiene, la vida media del hombre habrá aumentado considerablemente.

